SALTA PRO NOBIS (1923)

John Galsworthy

Rafael Martínez-Reyes

John Galsworthy (Kingston, 1867-Londres, 1933) fue un novelista y dramaturgo británico, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1932. Su nombre y obra, largo tiempo dejados en el olvido, han sido recientemente rescatados. Sus primeros libros, *Desde los cuatro vientos* (1897) y *Jocelyn* (1898), fueron publicados bajo el seudónimo de John Sinjohn. No sería sino hasta *Los fariseos de la isla* (1904), que Galsworthy comenzó a firmar sus trabajos con su nombre.

El escritor estaba particularmente interesado en ofrecer una visión naturalista de la clase burguesa de su tiempo. A esta temática corresponde buena parte de sus novelas: *La casa rural* (1907), *El patricio* (1911) y *Tierras libres* (1915). Destaca también la llamada *Saga de los Forsythe*, que incluye *El propietario* (1906), *El veranillo de San Martín de un Forsythe* (1918), *En el tribunal* (1920), *Despertar* (1920), *Se alquila* (1921), *Una comedia moderna* (1929), y *El final del capítulo* (1934). Dramaturgo de gran talento, publicó en este género *Disputa* (1909), *Justicia* (1910), *La paloma* (1912), *Lealtades* (1922), *Un viejo inglés* (1924) y *El tejado* (1929).

The dancer, my Mother, is very sad She sits with her head on her hands She looks into the emptiness. It is frightful to watch. Poor girl! This time to-morrow it will be over. I have tried to make her pray, my Mother, but it is useless; the poor girl—she does not know how; she has no belief in anything. She refuses even to confess herself. She is pagan— but quite pagan. What would you—with her blood of an Egyptian? What could one do for her, my Mother—to cheer her a little during these hours? I have tried to make her tell me of her life. She does not answer. She sits and looks always into the emptiness. It does me harm in the heart to see her. Is there nothing one can do to comfort her a little before she dies? To die so young—so full of life; for her who has no faith! To be shot—so young, so beautiful; but it is frightful, my Mother!”

— When she had finished speaking thus, the little elderly Sister raised her hands, and crossed them quietly on her grey-clothed breast. Her eyes, brown and mild, looked up, questioning the face before her, under coif and smooth grey hair— a face wax-pale, stamped with lines of decision. And straight, thin, as it were bodiless, beneath the grey and white of her garb, the Mother Superior stood pondering. The spy-woman in her charge, a dancer with gypsy blood they said—or was it Moorish?—who had wormed secrets from her French naval lover, and sold them to the Germans in Spain. There was no doubt, they said at the trial. And they had brought her to the Convent, saying: “Keep her for us till the fifteenth. She will be better with you than in prison.” To be shot—a woman! It made one shiver! And yet—it was war! It was for France!

La bailarina, Madre mía, está muy triste. Ella está sentada con la cabeza en las manos. Mira al vacío. Es espantoso de ver. ¡Pobre niña! A esta hora, mañana, habrá terminado. He intentado hacerla rezar, Madre mía, pero es inútil; la pobre niña no sabe cómo hacerlo; no tiene creencia de ningún tipo. Se rehúsa incluso a confesarse. Es pagana —pero muy pagana—. ¿Qué harías tú — con su sangre egipcia? ¿Qué podría hacerse por ella, Madre mía, para animarla un poco durante estas horas? — He intentado obligarla a contarme de su vida. Ella no responde. Se sienta y mira siempre al vacío. Me hace daño en el corazón verla. ¿No hay nada que pueda hacerse para aliviarla un poco antes de que muera? Morir tan joven —tan llena de vida—; para ella que no tiene fe alguna. Ser fusilada —tan joven, tan hermosa—; pero es espantoso, Madre mía.

Cuando hubo terminado de hablar así, la pequeña Hermana menor levantó sus manos, y los cruzó en silencio sobre su pecho cubierto de gris. Sus ojos, cafés y suaves, miraron hacia arriba, interrogando al rostro frente a ella, bajo una cofia y suave cabello gris —un rostro pálido como la cera, estampado con líneas de decisión—. Y recta, delgada, como sin cuerpo, bajo el gris y el blanco de su atuendo, la Madre superiora estaba de pie, pensando. La espía a su cargo era una bailarina con sangre gitana, decían —¿o era morisca?—, quien había extraído secretos de su amante de la marina francesa, y los había vendido a los alemanes en España. No había dudas, dijeron en el juicio. Y la habían traído al convento, diciendo: “Cúidala por nosotros hasta el día quince. Estará mejor contigo que en prisión”. Ser fusilada —¡una mujer! — ¡Hacía que una temblara! Empero, era la guerra. Era por Francia

1 Este cuento fue publicado por primera vez en la revista *Macleans*, vol. XXXVI, núm. 9, el 1 de mayo de 1923. El texto está disponible en: <https://archive.macleans.ca/article/1923/5/1/salta-pro-nobis>

•• Looking down at the little Sister with the soft, brown eyes, the Mother Superior answered.

“One must see, my daughter. Take me to her cell.”

Along the corridor they passed, and gently went in.

The dancer was sitting on her bed, like an Eastern figure, with legs crossed under her. There was no colour in her skin, save the saffron sprinkled into it by her gypsy or Moorish blood. The face was oval, and the eyes slanted a little up and outwards; the black hair formed a broad “V” reversed, on her forehead; her lips, sensuous but fine, showed a gleam of teeth. Her arms were crossed over her waist, as though compressing the fire within her supple body. Those eyes, colour of Malaga wine, looked through and beyond the whitened walls, through and beyond her visitors, like the eyes of a caged leopard.

The Mother Superior spoke:

“My daughter, what can we do for you?”

The dancer shrugged her body from the waist; one could see the supple shivering beneath her silk garment.

“My daughter, you suffer. They tell me you do not pray. It is a pity.”

The dancer smiled—that quickly passing smile had sweetness, as of something tasted, sweetness of a rich tune, of a long kiss; she shook her head.

Mirando a la pequeña hermana con los ojos suaves y cafés, la Madre Superior respondió:

“Hay que ver. Llévame a su celda”

Recorrieron el corredor y entraron discretamente.

La bailarina estaba sentada en su cama, como una figura oriental, con sus piernas cruzadas bajo ella. No había color en su piel, a excepción del azafrán salpicado en ella por su sangre gitana o morisca. El rostro era un óvalo, y los ojos estaban un poco inclinados arriba y hacia fuera; el cabello negro formaba una “V” al revés en su frente; sus labios, sensuales pero delicados, dejaban salir el brillo de sus dientes. Sus brazos estaban cruzados sobre su cintura, como comprimiendo el fuego dentro de su flexible cuerpo. Esos ojos, color del vino de Málaga, veían a través y más allá de las paredes descoloridas, a través y más allá de sus visitantes, como los ojos de un leopardo enjaulado.

La madre superior habló:

“Hija mía, ¿qué podemos hacer por ti?”

La bailarina encogió su cuerpo desde la cintura; se podía ver un ligero estremecimiento debajo de sus prendas de seda.

“Hija mía, sufres. Me dicen que no rezas. Es una lástima”

La bailarina sonrió —esa sonrisa, que pasó rápidamente, tenía dulzura, como de algo saboreado, dulzura de una rica melodía, de un beso largo—; ella sacudió su cabeza.

"My daughter, one would not say anything to trouble you; one feels pity for your suffering. One comprehends. Is there a book you would read; some wine you would like; in a word, is there anything which could distract you a little?"

The dancer untwined her arms, clasped them behind her neck, and again shook her head. The movement was beautiful, sinuous—all her body beautiful. Into the Mother Superior's waxen cheeks came a faint colour.

"My daughter, will you dance for us?"

The dancer clasped her hands before her breast like a child praying, and again the smile, like the taste of a sweet wine, came on her face, and this time did not pass.

"Yes," she said, "yes! I will dance for you—willingly, willingly; it will give me pleasure, Madame!"

"That is good. Your dresses shall be brought. This evening in the refectory, after the meal. If you wish music—one can place a piano. Sister Mathilde is a good musician."

"Yes, music—some simple dances. Oh! I will dance. Madame, could I smoke?"

"Certainly, my daughter. I will have brought to you some cigarettes."

The dancer stretched out her hand. Between her own, fragile with thin blue veins, the Mother Superior felt its supple warmth, and shivered. To-morrow it would be cold, stiff!

"*Au revoir*, then the word. One waited, expectant, as for a marvel. One placed the piano; procured music; sat eating the evening meal—whispering. The strangeness of it! The intrusion!

"Hija mía, no se te dice nada de esto para molestarte; se siente pena por tu sufrimiento. Es comprensible. ¿Hay algún libro que quisieras leer; algún vino que te gustaría?; en una palabra, ¿algo que pueda distraerte un poco?"

La bailarina desenredó sus brazos, los puso detrás de su cabeza, y sacudió otra vez la cabeza. El movimiento era hermoso, sinuoso—todo su cuerpo hermoso—. En las mejillas enceradas de la Madre Superiora subió un ligero color.

"Hija mía, ¿bailarías para nosotras?"

La bailarina puso sus manos ante su pecho, como un niño rezando, y otra vez la sonrisa, como el sabor de un dulce vino, subió a su rostro, y esta vez no se fue.

"Sí," dijo ella, "¡sí!" Bailaré para ustedes—voluntariamente, voluntariamente—; me dará placer, Madame!

"Eso es bueno. Tus vestidos serán traídos. Esta noche en el refectorio, después de la cena. Si deseas música—alguna puede tocar el piano—. La Hermana Matilde es un buen músico."

"Sí, música—algunos bailes simples—. Oh, bailaré. Madame, ¿podría fumar?"

"Ciertamente, hija mía. Haré que te traigan algunos cigarros."

La bailarina estiró su mano. Entre sus propias, frágiles y delgadas venas, la Madre Superior sintió su sutil calor, y se estremeció. Mañana estaría fría, inmóvil.

"*Au revoir*, entonces, hija mía, que Dios te bendiga..."

The little gay ghosts of memories! Ah! the dramatic, the strange event! And the meal was soon finished; the tables cleared, removed; against the wall, on the long benches sixty grey figures with white coifs waited—in the centre the Mother Superior, at the piano Sister Mathilde.

The little Sister came first; and then, down the long A whitened refectory the dancer walking slowly over the dark oak floor. Every head was turned—alone the Mother Superior sat motionless, thinking: “If only it does not put notions into some light heads!”

The dancer wore a full skirt of black silk, she had silvery shoes and stockings, round her waist was a broad tight network of gold, over her bust tight silvery tissue, with black lace draped; her arms were bare; a red flower was set to one side of her black hair; she held a black and ivory fan. Her lips were just touched with red, her eyes just touched with black; her face grave, like a mask. She stood in the very centre, with eyes cast down. Sister Mathilde began to play. The dancer raised her eyes, and lifted her fan. In that dance of Spain she hardly moved from where she stood, swaying, shivering, spinning, poised, her face grave, only the eyes of it alive resting on this face and that of the long row of faces that expressed so many feelings—curiosity and doubt, pleasure, timidity, horror, curiosity. Sister Mathilde ceased playing, the dancer stood still; and a little murmur broke along the line of nuns. Sister Mathilde played again, a Polish dance this time; for a moment the dancer stood as if to catch the rhythm of music strange to her; then

“¡La bailarina bailará para nosotras! Esa era la palabra. Se esperaba, expectante, como por una maravilla. Se colocó el piano; se procuró música; se sentaron a comer la comida de la noche —murmurando—. ¡La extrañeza del hecho! ¡La intrusión! ¡Los pequeños fantasmas felices de los recuerdos! ¡Ah, el evento dramático, extraño! Y la comida estaba pronto terminada; las mesas limpias, removidas; contra la pared, en los bancos largos, sesenta figuras grises con cofias blancas esperaban —en el centro la Madre Superiora, en el piano la Hermana Matilde—.

La pequeña Hermana llegó primero; y entonces, a lo largo del descolorido refectorio, la bailarina caminó lentamente sobre el oscuro piso de roble. Todas las cabezas giraron —sólo la Madre Superiora estaba sentada inmóvil, pensando: “Ojalá que no ponga nociones dentro de algunas cabezas ligeras” —.

La bailarina usaba una falda completa de seda negra, tenía zapatos argénteos y medias, alrededor de su cintura estaba una amplia y apretada red de oro, sobre su busto un tejido argénteo y ceñido, con encajes negros que colgaban; sus brazos estaban desnudos; una flor roja estaba puesta en un lado de su cabello negro; sostenía un abanico negro y marfil. Sus labios estaban apenas tocados con rojo, sus ojos apenas tocados con negro; su rostro grave, como una máscara. Estaba de pie en el centro, con la mirada hacia abajo. La Hermana Matilde comenzó a tocar. La bailarina levantó los ojos y su abanico. En esa danza de España ella apenas se movía de su lugar, balanceándose, estremeciéndose, girando, serena, su rostro grave, sólo los ojos estaban vivos reposando en este rostro y en aquel otro de la larga fila de rostros que expresaban tantos sentimientos —curiosidad y duda, placer, timidez, horror, curiosidad—. La Hermana Matilde dejó de tocar, la bailarina se quedó inmóvil; y un pequeño murmullo rompió a lo largo de la línea

her feet moved, her lips parted, she was sweet and gay like a butterfly, without a care; and on the lips of watching faces came smiles, and little murmurs of pleasure escaped.

The Mother Superior sat motionless, her thin lips pressed together, her thin fingers interlaced. Images were coming to her out of the past, starting out, falling like the figures from some curious old music box. She was remembering that long ago time when her lover was killed in the Franco-Prussian war, and she entered religion. This supple figure from the heathen world, the red flower in the black hair, the whitened face, the sweetened eyes, were like her own pulses gay, sweet, yearning, before they seemed to die, and she brought them into the Church to bury them. The music ceased; began > again. The dancer danced a Habanera, and now she was like the pulses after they were buried—secret, throbbing, dark. The Mother Superior pressed her lips together. Had she been wise? So many light heads, so many young hearts in that row to right and left of her! And yet—what to do? How not soothe the last dark hours of this poor heathen girl? She was happy, dancing. But yes, she was happy! What power! What abandon! It was frightening. She was holding every eye—the eyes even of Sister Louise —holding them as a snake holds a rabbit's eyes. The Mother Superior's lips twitched, she wanted to smile—the poor Sister Louise! And then just beyond that mask of fascinated horror, the Mother Superior saw Sister Marie, and her heart gave a jump—of pleasure—of dismay. Sister Marie—so young—just twenty—her lover dead in the war—but one year dead! Sister Marie—prettiest in all the convent! How the child stared, with what eyes,

de monjas. La hermana Matilde tocó de nuevo, una danza polaca esta vez; por un momento, la bailarina estaba de pie como para atrapar el ritmo de esa música extraña para ella; entonces sus pies se movieron, sus labios se abrieron, era dulce y feliz como una mariposa, sin una preocupación; y en los labios de los rostros que contemplaban sobrevino una sonrisa, y pequeños murmullos de placer escaparon.

La Madre Superiora estaba de pie inmóvil, sus labios delgados apretados juntos, sus delgados dedos entrelazados. Imágenes estaban llegando a ella desde el pasado, partiendo, cayendo como las figuras de una curiosa y vieja caja musical. Estaba recordando cuando mucho tiempo atrás, su amante fue asesinado durante la guerra franco-prusiana, y ella entró a la religión. Esta flexible figura del mundo pagano, la flor roja en su cabello negro, su rostro pálido, sus ojos endulzados, eran como sus propios impulsos, felices, dulces, anhelantes, antes de que parecieran morir y ella los trajera a la iglesia para enterrarlos. La música cesó y comenzó otra vez. La bailarina danzó una Habanera, y ahora era como los impulsos después de que son enterrados —secretos, palpitantes, oscuros—. La Madre Superiora apretó sus labios juntos. ¿Había sido prudente? ¡Tantas cabezas ligeras, tantos corazones jóvenes en esa fila a la derecha e izquierda de ella! Empero, ¿qué hacer?, ¿cómo no suavizar las últimas oscuras horas de esta pobre niña pagana? Ella era feliz, bailando. Pero sí, ¡era feliz! ¡iqué poder! Había atrapado todos los ojos —los ojos incluso de la Hermana Louise—como una serpiente atrapa los ojos de una liebre. Los labios de la Madre Superiora se crisparon, quería sonreír —a pobre Hermana Louise—. Y entonces, más allá de esa máscara de horror fascinado, la Madre Superiora vio a la Hermana Mary, y su corazón dio un salto —de placer— de terror. La Hermana Mary —tan joven —sólo veinte —su amante muerto en la guerra —ipero muerto hace un año! La Hermana

what lips, what interest, what abandonment! And her hands—how tightly they seemed pressed together on her lap! And—but yes—it was at Sister Marie that the dancer was looking; at Sister Marie she twirled and writhed those supple fiery limbs! For Sister Marie the strange sweet smile came and went on those enticing reddened lips. In dance after dance—like a bee on a favourite flower—to Sister Marie the dancer seemed to cling. And the Mother Superior thought: “Is it the Blessed Virgin’s work I have done, or the Devil’s?”

Close along the line of nuns the dancer swept; her eyes were glowing, her face proud, her body supreme in supple grace. Now she was passing Sister Marie. The Mother Superior shivered. What was it? One could not say—a look, a touch with the fan! The music ceased. The dancer folded her arms across her breast; then, placing her finger to her lips, she blew a kiss. It lighted on the lips of Sister Marie—did it—not? Gracias, Señoras! Adios!”

And slowly, swaying, as she had come, she walked away over the dark floor; and the little Sister followed her.

A sighing sound escaped from the long row of nuns; and—yes—one sob. The Mother Superior rose.

“Go to your rooms, my daughters! Sister Marie!”

The young nun came forward.

“Sister Marie, you will pray to-night that the sins of that poor soul be forgiven her. But yes, my child, it is sad. Go to your room. Pray for her!”

Mary —la más hermosa en todo el convento! — cómo miraba la niña, con qué ojos, qué labios, qué interés, qué abandono! Y sus manos —icuan firmemente parecían presionadas juntas sobre su regazo! — Y —en efecto— era a la Hermana Mary a quien la bailarina estaba mirando; para la hermana Mary ella daba vueltas y retorció aquellos flexibles y fieros miembros. Para la Hermana Mary, la extraña y dulce sonrisa iba y venía en aquellos tentadores labios enrojecidos. En baile tras baile —como una abeja en su flor favorita— la bailarina parecía clavarse en la Hermana Mary. Y la Madre Superiora pensó: “¿He hecho el trabajo de la Bendita Virgen o del Demonio?”.

Cerca de la línea de monjas, la bailarina sudaba; sus ojos estaban brillando, su rostro orgulloso, su cuerpo supremo en flexible gracia. Ahora estaba pasando frente a la Hermana Mary. La Madre Superiora se estremeció. ¿Qué era eso? No era posible decirlo —una mirada, un toque con el abanico—. La música cesó. La bailarina dobló sus brazos sobre su pecho; entonces, poniendo su dedo sobre sus labios, lanzó un beso. Aterrizó en los labios de la Hermana Mary —¿no es así? — “¡Gracias, señoras! ¡Adiós!

Y lentamente, balanceándose, como había llegado, se alejó sobre el piso oscuro; y la pequeña Hermana la siguió.

Un sonido de alivio escapó de la larga línea de monjas; y —sí— un sollozo. La Madre Superiora se levantó.

“¡Vayan a sus habitaciones, hijas mías! ¡Hermana Mary!

La monja joven caminó hacia delante.

“Hermana Mary, rezarás hasta la noche para que los pecados de esa pobre alma sean perdonados. Pero sí, hija mía, es triste. Ve a tu habitación ¡Reza por ella!”

The young nun walked away. With what grace! She, too, had the limbs of beauty. The Mother Superior sighed...

Morning, cold and grey, a sprinkle of snow on the ground; they came for the dancer during mass. Afterwards one heard the sound of it. In her room, with trembling lips, the Mother Superior prayed aloud for the soul dancing before her God.

That evening Sister Marie—one searched, one could not find her. Two days passed; and then a letter came.

“Forgive me, my Mother. I have broken my vows. I have gone back to life. It was stronger than me.

Marie.”

The Mother Superior dropped the letter, and sat aghast. Life in death! Figures were starting in and out again from that old musical box of memory; and with them, the dancer’s face with the red flower in the black hair, and the sweetened dark eyes, and the lips, touched with a flying finger, parting in a kiss.

La monja joven se alejó. ¡Con qué gracia! Ella, también, tenía los miembros de la belleza. La Madre superiora suspiró...

La mañana, fría y gris, unas gotas de nieve sobre la tierra; llegaron por la bailarina durante la misa. Después, se escuchó el sonido. En su habitación, con labios temblorosos, la Madre Superiora rezó en voz alta por aquella alma bailando frente a Dios.

Esa noche, la Hermana Mary fue buscada, pero no se le encontró. Dos días pasaron; y entonces una carta llegó.

“Perdóname, Madre mía. He roto mis votos. He vuelto a la vida. Era más fuerte que yo.

Mary.”

La Superiora dejó caer la carta y se sentó consternada. ¡La vida en la muerte! Figuras salían y partían otra vez de esa vieja caja musical de la memoria; y con ellas, el rostro de la bailarina con la flor roja en su cabello negro, y los ojos oscuros y endulzados, y los labios, tocados con un ligero dedo, partiendo en un beso.

Viñeta de adaptación de *El matadero*, Suplemento Grueso Picado de la revista *Fierro* (2006). Tinta con Pluma y pincel : Juan Soto.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.